





MARIO BERMÚDEZ

# ERES MI PASTOR

RELATO



AlcorQuid

[www.alcorquid.com](http://www.alcorquid.com)

Basado en el artículo

*El impacto del maltrato infantil y el abuso sexual en un hombre adulto puertorriqueño*

Axel Santos Figueroa, Ph.D.  
Escuela de Medicina de Ponce, Puerto Rico.

Edwin B. Fernández Bauzó, Ph.D.  
Colectivo Ideologías y Vivencias de los Géneros.

*ERES MI PASTOR*  
MARIO BERMÚDEZ ©

Formato PDF  
Segunda Edición  
Bogotá, enero 29 de 202

Descarga Digital Gratuita por Internet: [www.alcorquid.com](http://www.alcorquid.com)  
Prohibida su impresión física para comercialización.

Puede reproducirse con autorización expresa del autor.  
Cítese al autor.

*Este relato está inspirado en un caso de la vida real, tratado psicológicamente en un hombre que lo padeció en Puerto Rico.*



Ahí está él, entre el ataúd, con el rostro fríamente apacible, embadurnado de un nocturnal sin velo. Solamente falta que el halo de la santidad lo circunde como una mansa paloma. Me parece ver que su alma da vueltas vertiginosas alrededor de su propio féretro. Atrás, envuelta entre un velo negro, está mi madre. Yo la observo pasmadamente, sin rencor alguno, pero con un dolor que rompe mi corazón. Mi madre tiene entre el regazo a Danielito, mi hijo. Se ve que ella ama al niño, pero yo no alcanzo a comprender qué tipo de amor es ese, el mismo que me duele como si yo tuviese alfileres candentes clavados en toda mi alma. He perdonado, cuánto he perdonado, porque el dolor y las afrentas, la humillación y la miseria me obligan a perdonar. Y he perdonado con sinceridad, pero no puedo desear que mi padre, a pesar de su religiosidad, vaya al cielo, pues he terminado por no creer en el paraíso. Sí, hay dos circunstancias que uno puede tomar ante el vilipendio, volverse un creyente a ultranza, imaginado que en el cielo hay un dios bueno y justo o, la

más acertada: cuestionarse por qué ese supuesto dios bueno y justo permite, precisamente, la injusticia y el atropello, y más en contra de un ser inocente e inermes. Así que uno termina con una apatía recalcitrante contra el supuesto Ser Supremo, el mismo que se complace para que sucedan estas cosas terribles. Estas disquisiciones, netamente humanas, se convierten en vórtices que terminan por devorarlo a uno. Pero yo sigo aquí, sentado enfrente del ataúd en donde está mi padre, enfrente de mi madre, que tiene el cabello tiernamente blanquecino, y que tiene entre su regazo a mi hijo Danielito. Sara, mi esposa, apenas sonríe al ver cómo mi madre contempla al niño. ¡Si lo supiera todo! Ella es buena, algo así como una mujer normal que, sin saberlo, carga con todo el lastre de mi pasado. No sentía que nuestro matrimonio, de eso ya hace dos años, fuera algo que me llenara de alegría, que me reconfortara y que me otorgara la felicidad de una relación de pareja, a pesar de que ella recibo mucho amor, hasta cuando fui rescatado del horrible abismo. Hemos tenido un hijo, Danielito, el mismo que ahora, en este preciso momento en que el silencio de la noche rodea el ataúd de mi padre, está entre el regazo de mi madre. Al niño lo amo entrañablemente. Sara es paciente, nunca ha exigido nada más que mi compañía, aunque sé que ella se entristece porque, con su sexto sentido de mujer, sabe exactamente que yo cargaba con un gran dolor, inmenso, asolador, que devoraba, aunque haya perdonado, toda mi vida. Ahora que veo el féretro de mi padre rodeado de coronas, ahora que veo a los ministros de la Iglesia rodear el ataúd, tristemente comienza a



rodar la película. Sí, ellos están allí con sus trajes negros, como cuervos, con sus Biblias de pasta negra, tal como si fuesen pequeños sepulcros. Oran en silencio, pero nadie llora, porque la muerte es, al final de cuentas, un regocijo y un descanso, al cual vale la pena llegar prontamente. Cierro los ojos, ahora los entre abro para percibir sus figuras endrinas revoloteando entre el carnaval orondo de la muerte. No me atrevo a juzgar cómo son sus almas, aunque presumo que son más negras que sus propios trajes que evocan frugalidad, rectitud y bondad, las falacias de la Iglesia. Unos entran y con reverencia se acercan hacia dónde está mi madre, más preocupada por Danielito, que por la partida definitiva de mi padre, y con un abrazo de condolencias, le expresan su sentido pésame. Sara de vez en cuando me mira, escudriñando mi dolor. Yo la miro dulcemente, pues la amo de verdad, y entonces le sonrío, correspondiéndole a su amor desinteresado, a su estoicismo por soportar a un marido como yo, que apenas habla lo necesario en casa y que se asusta cuando ve al niño desnudo, en el momento en que le están cambiando los pañales.

Ahora me levanto con deseos de tener mi última pesadilla y voy al baño. "Ya vuelvo", le digo a Sara. Danielito gira la cabeza, mientras mueve la mano para despedirse, tal como si su padre, tal como su abuelo, no fuera a regresar. Me parece ver que el niño se desvanece angelicalmente entre el regazo de mi madre, pero no, él está ahí con sus cabellos revueltos y con su sonrisa que tanto me enternece, pero que en

el fondo del alma me duele. Yo le correspondo al niño, moviendo la mano para despedirme de él. Mi madre ni siquiera se da por enterada de mi actitud. Entro al baño. El recinto está solo, muy solo. Me acerco al orinal y orino, procurando no mirarme el viril, luego me acerco al lavamanos, y en el preciso momento en que estoy enfrente del espejo, una multitud vestida de negro sale de entre las paredes, como abandonando su mundo infame. Caigo de rodillas, gritando asustado y humillado. Estoy tirado en el piso entre un charco de sangre, y lo peor, desnudo, mientras mis manos tratan de cubrir angustiosamente mis partes pudendas. Soy un monstruo desnudo tirado en el piso, entre un charco de sangre, mientras la caterva de infames hace un rueda a mi alrededor y danza macabramente, burlándose de mi desgracia, señalándome por mi oprobio. En medio de la infinita vergüenza me incorporo hecho un mar de lágrimas. Ellos me miran a las piernas, y sé que no ven mi falo, y ni siquiera son capaces de imaginar que tengo vagina. ¡Soy informe! ¡Yo lucho! Yo lucho denodadamente para que mi pene se levante, atestiguando mi masculinidad. Pero no, yo sé que ellos me ven como un travesti, como una prostituta. Sí, ellos me ven así, y se burlan de mi desgracia, pero no advierten que soy un hombre, que me gustan las mujeres, por algo estoy casado con Sara, por algo tengo un hijo con ella y, lo más importante, por algo la amo verdaderamente, tal como un varón ama intensamente a una hembra. Yo grito atterradoramente, hasta que logro ahuyentar a esa maldita gentuza vestida de negro que se burla de mi desgracia. Les lanzo diatribas hasta que,

finalmente, desaparecen por entre las paredes del baño. Me incorporo, me limpio el cuerpo, sucio, embadurnado de sangre y desnudo. Me acerco al espejo con la intención de lavarme. Pero yo no estoy allí, entre el espejo. Allí hay un rostro tristemente femenino, con unos rasgos indefinidos. ¡No! Hay un rostro femenino en el espejo, y mi cuerpo se monta sobre el lavamanos, se coloca de cuerpo entero enfrente del gran cristal. Me llevo la mano al pene, me palpo los testículos, pero el espejo no repite la escena, porque allí hay un cuerpo de mujer, sí, un cuerpo femenino con senos, con vagina, con curvas de hembra desnuda. ¡No! Yo soy un hombre, el espejo me está mintiendo. Siento que resbalo, siento que caigo al piso, siento que un líquido tibio y espeso cubre mi rostro. Parece que la muerte se acerca a rescatarme.

Afuera oigo los murmullos, mientras una mano suave limpia el sudor de mi frente con un pañuelo blanco. Es Sara, mi amada y abnegada Sara, Sara de mi amor. “Te desmayaste en el baño”, me dice. Me recuesto en su regazo, tal como Danielito lo hace con mi madre. “Te escuchamos gritar y corrimos a ver qué pasaba; estabas tirado en el piso sin sentido”. “¿Cómo me encontraste, Sara, estaba desnudo?”, le pregunto asustado. “No, estabas tirado en el piso, pero ni siquiera había agua en el suelo”, me contesta ella con su voz dulce. Mi madre me dice: “Debes tener más cuidado, has podido desnucarte”. Realmente parece que no hubiera pasado nada especial, pues todos siguen en la sala de velación tranquilamente. Mejor, tal vez lo del baño fue un incidente sin mayor

importancia... o como siempre suele sucederme con toda la vida: una simple imaginación sin ningún sentido.

Me siento al lado de Sara y acomodo mi cabeza contra su hombro, báculo que siempre me ha reconfortado. "Ven, Danielito", le dice ella al niño. "Tu padre quedó con un rostro de mansedumbre", me dice Sara. Como un autómatas me incorporo y avanzo lentamente hasta donde está el féretro. Unos hombres me abren paso. "Es su hijo", murmuran. Me acerco. Veo el cristal del ataúd empañado por el vaho de la muerte, que, al final de cuentas, es como un rastro de lo que fue la vida, algo así como la estela de un cometa que pasó raudo por entre el infinito. En efecto, mi padre, el santo ministro de la Iglesia, tiene el rostro tranquilo, los ojos cerrados y la boca con ese rictus que nunca me asustó, sino que siempre anhelé. Me agacho más, hasta que mi rostro toca el frío cristal. Entonces comienzo a llorar en silencio. "Verdaderamente cómo amaba a su padre", escucho que alguien dice, rompiéndoseme los tímpanos en una vibración que recorre mis venas y que parece producirme un infarto cardiaco. Sigo llorando con los ojos cerrados, porque no soy capaz de ver más el rostro de mi padre muerto. Siento una mano tibia que me agarra los genitales bruscamente, percibo unos dedos como garras que me lastiman el pene y lo llevan hacia la parte de atrás, vergonzosamente, para que dé la sensación malsana de que soy una niña, tierna, impúber y prostituida.. Algo me duele internamente al sentir que mi pequeño falo desaparece entre las

piernas, y que esos horrendos dedos recorren mi pubis lampiño e infantil. Hay frío, horrendo y fatal, en todo mi cuerpo desnudo, que ni siquiera esquiva las caricias, pero que siente la sensación helada de las baldosas de la pared. Vuelven a dolerme los talones al levantarme para complacer el acto de oprobio. Mi padre saca las manos por entre el cristal del féretro y las acerca mi cuello. Siento que me asfixio, mientras escucho que su voz me amenaza con matarme. ¡Te voy a matar!, me grita mientras aprieta con más fuerza el cuello. Veo sus ojos desmesuradamente abiertos entre el ataúd acolchado de rojo. Él abre su boca sanguinolenta. ¡Grito! Nadie me escucha, sigo inmóvil contra el cristal del ataúd, llorando en silencio. Ahora abro los ojos y veo el rostro de mi padre dulcemente apacible entre los brazos recios y eternos de la parca. Lo imagino en la Iglesia dando el sermón de la dignidad humana, de la injusticia; lo escucho lanzar furibundo los anatemas que condenan a los pecadores. Mi madre está a su lado, porque ella también es ministra de la Iglesia, y entre ambos condenan a la humanidad por sus pecados: *Que el Buen Pastor no os vaya a coger en estado de pecado y de injusticia. ¡Arrepentíos! ¡Actuad con acatamiento a los mandamientos del Señor! ¡El final está cerca! La segunda venida de Nuestro Señor Jesucristo está cerca ¡Arrepentíos y actuad en justicia!* “Te voy a matar”, escucho la voz una y otra vez, mientras siento que la vida, para dicha mía y aunque duela, se sale de mi cuerpo infantil. Una correa de cuero grueso ata mi brazo y lo amarra a uno de los grifos. Siento que el brazo se me va a partir, pero estoy aterido de susto y no soy capaz de

moverme. Vuelvo a cerrar los ojos. ¡Horror! Veo una jeringuilla que me amenaza. “Te inyecto con este veneno si llegas a contar algo”. La aguja, como el colmillo de una temible víbora infernal, se acerca a mis ojos amenazante. “Cállate, y si hablas te enveneno con esta inyección”. La jeringa danza frente a mí, y hasta me gustaría que me pinchara, de una vez por todas, la carne para salir de este maldito infierno.

El silencio continúa por un momento. Luego escucho las oraciones. Mi madre ha soltado a Danielito y se ha incorporado para hacerse cerca de los otros ministros, que rodean el ataúd. Sin embargo, ellos deciden dejarme tranquilo sobre el cristal del féretro. “Cómo amaba a su padre,” repiten nuevamente. Ahora camino por la playa, apenas tengo trece años de edad, y los primeros vellos del pubis comienzan a despuntar lentamente. Sí, me he mirado por un momento. Mi pene comienza a crecer, a engrosarse y a oscurecerse. Me siento sobre la arena con esa inquietud por aseverar mi púber masculinidad. Una tenue erección me levanta el falo y una sensación de desconsuelo me invade. De repente siento su mirada ígnea. Sí, la siento por todo mi cuerpo como si fuera una llamarada. Me incorporo asustado, y cuando intento huir, él me agarra del brazo. “¿Qué haces, maldito?” Me levanta en vilo, tal como si fuera un muñeco de trapo. Veo como el mar y la playa giran vertiginosamente. “Ahógate, maldito”. “Te voy a tirar al mar para que te coman los tiburones”. La sangre se me congela brutalmente. De repente quedo tirado sobre la arena caliente de la playa. Alzo los

ojos, y él está por arriba, parado como una estatua que me mira inquisidora. No me habla. En un impulso imprevisto, me incorporo y salgo corriendo, hasta que caigo exánime contra unos arbustos que me espinan la espalda. Siento sus pasos, pero no puedo moverme para huir nuevamente y salvarme. Siento sus pasos. Cierro los ojos y ni siquiera el rumor de las olas me distrae, es como si me estuviera muriendo. "Pequeño maleante, escucho su voz, pequeño depravado, debería matarte ahora para librar al mundo de ti, pero uno de los mandamientos del Señor dice que no debo matar. Pero podría hacerlo como un acto de expiación universal, porque veo que vas a ser un criminal, un asesino, un violador. Eres un pervertido y caerás en la cárcel por tus actos de ignominia. Eres la vulgar representación del pecado, algo así como un Anticristo. Eres malo, perverso, eso lo presiento en cada uno de tus actos". Mi alma se desmorona pusilánime, mientras sus palabras se incrustan en mi mente como saetas de fuego, al rojo vivo, horadando sin compasión mi cerebro.

¿Por qué estoy imaginando todo esto? Nada es verdad, todo es apenas producto de mi imaginación. ¡Nada es cierto! ¡Nada ha sido real! Mi padre era un ministro reconocido y admirado en la Iglesia, tal como lo es mi madre. Él predicó siempre la palabra de Dios y vivió de acuerdo a sus convicciones religiosas. Mi padre y mi madre han sido ejemplo de rectitud, tal como deben serlo los ministros de la Iglesia. Prueba de ello es que los ministros oran fervientemente para que mi padre vaya a la presencia de

Dios. Siento que Dios está entre nosotros. Mi madre, vestida de negro, abre la Biblia negra, y comienza a recitar el salmo veintitrés. *Eres mi pastor; nada me faltará. En lugares de delicados pastos me hará descansar; junto a aguas de reposo me pastoreará. Confortará mi alma; me guiará por sendas de justicia por amor de su nombre. Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo; tu vara y tu cayado me infundirán aliento. Aderezas mesa delante de mí en presencia de mis angustiadores; unges mi cabeza con aceite; mi copa está rebosando. Ciertamente el bien y la misericordia me seguirán todos los días de mi vida, y en la casa del Jehová moraré por largos días.* Ella continúa repitiendo el salmo, que llega hasta mis oídos como un venablo envenenado. Mi alma se desconsuela poderosamente, mi corazón se desmigaja de dolor, mientras mi padre permanece con la serenidad de la muerte entre el ataúd. Vuelvo a mirar a mi madre. Entro corriendo a la sala, es el día de las madres, y llevo en mis manos un regalo para ella. "Feliz día, mami.", le entrego el regalo y me abrazo tiernamente a sus faldas, pero siento su aspecto gélido e inconmensurable. "Gracias", apenas me contesta, y al acto me aparta. La miro tristemente, mientras ella entra a la cocina, yo salgo hasta al patio con al ánimo de jugar. Me siento muy tranquilo porque papá me prometió que, por ser el día de las madres, nada me hará. Estoy confundido porque siento que le produzco una especie de asco y de apatía a mi propia madre. Ella parece no quererme en lo más mínimo, y hasta he sentido sus miradas de desprecio. Estoy abatido, tratando de halar un pequeño carro de ma-



dera, cuando veo que mi padre se acerca a mí. Mi madre ha salido hace un momento para ir a dar un servicio religioso a la Iglesia; es el día de las madres. ¿Ya saludaste a tu madre?, me pregunta. Sí señor, ya la saludé y le di su regalo, le contesto. Él mueve la cabeza. De repente sus ojos comienzan a destellar. ¡No! ¿No qué?, me grita. Comienzo a temblar de pies a cabeza. ¡Niña, no tiembles!, me grita. Vuelve a mirarme. Corre al baño, inmediatamente, me ordena. Asustado, pero más defraudado porque sé que él incumplirá su promesa del día de las madres, camino hacia el baño. ¡Muévete, maldito! Abro la puerta, tal como si abriera las puertas del infierno. Huele a excrementos que se incrustan en mi nariz. Siento su sombra gruesa, fantasmal, que se abalanza contra mí. ¡Bájate los pantalones! Siento ese ardor horrible que recorre todos mis intestinos, ese asco perenne que me produce náuseas. Mis lágrimas se mezclan con su horrible sudor, y mis quejidos de dolor se entrelazan con sus jadeos de emoción perversa. Él gime como un monstruo ciego; no sé si lo hará por placer, por dolor o por las dos cosas. El placer también puede doler y a veces más que el propio sufrimiento. Pero yo soy solamente sufrimiento y terror. La vida se me va. Se me va. Pero no, maldita sea, tengo que seguir sufriendo, tengo que seguir viviendo. Me sacudo para desterrar la pesadilla. ¡Es un maldito sueño! ¡Una alucinación! No, estoy solo en el baño, hoy no he visto a mi padre, pero, sin embargo, todo el cuerpo me duele y tengo unos moretones en las nalgas. Las alucinaciones también producen heridas. Mi padre me dice constantemente que soy un niño malva-

do, que seré un criminal, un violador y que por eso imagino que él me hace cosas... Sí, yo imagino esas cosas horribles. Mi padre me ama verdaderamente y nunca me haría nada malo. ¡Todo es una maldita alucinación! ¡Mi vida es una alucinación completa!

Sara, feliz día de las madres. La abrazo fuertemente y me pongo a llorar. ¿Qué te pasa? Nada, nada, Sara, le contesto. Por dentro mi alma está destruida, y aparte del sentimiento de abatimiento, mi corazón está furioso. Ella me abraza y me besa. Yo le entrego el regalo del día de las madres y toco su vientre con amor; adentro Danielito debe estar pateando suavemente. ¿Parece que no te gusta el día de las madres? No es eso, Sara, le miento, claro que me gusta, pero, no sé por qué me produce tristeza mezclada con alegría. Parece que no quisieras a tu madre, me recrimina ella. Claro que la amo, es mi madre, la mujer que me dio esta vida. Lo dices con tristeza, me insinúa ella. A veces la alegría se confunde con la tristeza, o en algún punto se tocan, Sara. Abrazado a mi esposa, comienzo a sentir las manos de mi padre sobre mi cuerpo desnudo, tembloroso, acuático e inerte sostenido contra la pared, mientras él me obliga a levantar los talones. ¡Muévete, maldito! Pero no puedo, no puedo, estoy atravesado por un mástil que me paraliza. Él oscila como un huracán, como un monstruo terrible que me devora. Me sacudo entre los brazos de Sara. Estoy imaginando cosas terribles, le digo. Parece que me estoy enloqueciendo, sollozo. Ella me mira perpleja, sin comprender. ¿Qué te pasa?, me pregunta. Debe ser el trabajo, estoy muy can-

sado, amor. Sí, eso es, estás cansado, vete a la alcoba. Ella se acaricia el vientre con Danielito adentro, y yo me estremezco. Mi espíritu está muerto, y estoy derrotado desde el día que mi padre incumplió su promesa del día de las madres.

Voy a ser papá, y tengo un pavor terrible. Soy un hombre, pero, acaso estaré desquiciado, obnubilado por el odio que le profeso a mi padre. Él no puede haberme hecho todo eso, simplemente estoy imaginando cosas, cosas que nunca han sucedido, y que, por supuesto, nadie me creerá, porque mi padre es el ministro más reconocido de la Iglesia, al igual que mi madre es una santa mujer que ha puesto su vida entera al servicio de la Iglesia. Me revuelco en la cama, mientras Sara, abajo, mueve los trastos de la cocina. Estoy loco. Estoy loco. ¿Por qué me pasa esto a mí? Debo visitar a un psicólogo, pero esto nadie me lo va a creer, pues cómo es posible que un hombre tan recto y religioso, como mi padre, se comporte así, así, y más con su propio hijo. ¡Es increíble! Esto nadie me lo va a creer. Todos los files lo ven predicando en la Iglesia sobre la bondad de Dios y su plan de salvación. ¡No! Todo lo imagino así, porque odio a mi propio padre sin saber por qué. Razón tendrá cuando él me censura, me condena y me vaticina que soy un pervertido sexual con impulsos criminales. Claro, eso es, soy un pervertido sexual y por eso imagino que mi propio padre me hace cosas horribles. El malo soy yo, no mi padre. Soy el pervertido porque imagino cosas que mi padre me hizo, pero que realmente jamás sucedieron. ¡Estoy Loco!, grito, y Sara sube

rápidamente para ver qué me sucede. ¿Qué te pasa, por Dios? Nada, nada, Sarita... se me vienen unas imaginaciones... Ella me mira un tanto sorprendida pero a la vez compasiva y complaciente conmigo. Me da un beso que me tranquiliza por un momento. Se sienta a mi lado y acaricia maternalmente mi frente sudorosa a consecuencia de mi locura, de mis ataques y sobresaltos.

Sí, él continúa imbatible entre el ataúd. Tiene un traje negro, una camisa blanca, casi resplandeciente, con una corbata de seda negra. Tenía apenas cincuenta y seis años. Ya no lo veo tan obeso como cuando estaba vivo. Sus ojos parecen observarme con esa mirada ígnea. Siento un rehílo por todo mi cuerpo. Sí, él me mira con su mirada ígnea, igual como cuando me ordenaba que me metiera al baño y con sus manos empujaba violentamente mi pene hacia atrás para que no se viera, dando la sensación de un pubis femenino, de niña. Date la vuelta, me ordena. Yo levanto los talones y miro hacia adentro. Él, con su muerte y todo, continúa dándome órdenes. Yo, sin protestar, obedezco sumisamente, con esa angustia que mata a diario en medio del silencio. Ahí está él, el ministro de la Iglesia, el predicador de la salvación, el condenador de la injusticia, de la perversidad, el opugnador del mal. Los otros hombres giran alrededor del ataúd, y mi madre vuelve a recitar el salmo. No sé por qué, pero Danielito se ha puesto a llorar y Sara no puede consolarlo. Yo miro al niño con recriminación fingida. Chis, el abuelo se ha muerto. Sara revuelve los cabellos del niño, que ya

comienza a callarse, mientras gime consternado. Sara saca el tetero y se lo coloca en la boca al niño. Yo me agacho convulso nuevamente sobre el féretro de mi padre, pues no puedo soportar, de ninguna manera, ver el momento en que el niño toma su tetero; salgo huyendo con disimulo cuando la leche se sale de la boca de Danielito por las comisuras. Siento una extraña y vaga sensación, con un asco de recuerdo, cuando veo cómo el niño chupa su tetero. Me agarro la cabeza y me dan ganas de golpearme contra la pared. Nunca le das el tete al niño, me ha dicho Sara. Ah, no sé, pero no me agrada. Perdóname, me dice ella, pero eso francamente me parece una actitud machista. No es eso, compréndeme, Sara, le imploro. Ella me mira con extrañeza, tratando de desenredar mi comportamiento. Ah, estos hombres modernos, exclama ella.

Al comienzo, Sara se sorprendió cuando me rehusé a tomar avena y a comer ensalada; ella decía que eran unos alimentos muy sanos y nutritivos, además de deliciosos. La primera vez que ella me sirvió un vaso de avena, me vomité sobre la mesa del comedor. Fue terrible. ¡Estoy enfermo!, me excusé con Sara. Todo era una vulgar mentira. Debes ir al médico, me dijo ella. Pero yo no necesitaba un médico sino un psicólogo. La avena me parecía asquerosa, pues me olía a semen, ya que su contextura y color son idénticos a la esperma. ¡Qué asco! La ensalada me trasportaba al césped del patio trasero de mi casa, en el preciso momento en que mi padre se echaba sobre mí. Sentía el pasto, verde, rayando mi cara,

ahogándome contra el piso, mientras su cuerpo obeso me aplastaba en la inimaginable sensación de mi desdicha eterna. Varias veces me trasboqué, y él, sin conmiseración alguna, me abofeteaba, haciendo que el chorro vivo mi sangre se mezclara con el césped. Verde y rojo, por eso odio a la ensalada. ¡Eres un sucio, maldito! ¡Límpiate, asqueroso!

Tu padre fue un hombre bueno, me dice ella casi al oído. Sí, mamá, le contesto. Volteo a mirarla, mientras ella se acerca hasta el cristal del ataúd. Por supuesto que no está llorando y ni siquiera me abraza. Sí, tu padre fue un hombre bueno, siempre predicó con rectitud la palabra del Señor y a nadie le hizo mal. Ya debe estar en el cielo, suspiró ella. Yo la miré con tristeza, pues creo que se engaña a propósito, porque ella siempre intuyó lo que mi padre hacía conmigo, y no movió siquiera un dedo para ayudarme; es más, creo que hasta fue cómplice de todo lo que ocurrió con papá. Ella mira fijamente hacia adentro del féretro. Tu hijo no quiso ser evangelista, le da quejas a mi padre, parece que desea condenarse, pues se rehúsa predicar la palabra del Señor. Sí, a veces pienso que tenías razón cuando decías que nuestro hijo era proclive a la maldad. Iba a la Iglesia como por ir, pero nunca le vi fervor alguno. Por más que lo guiamos, nunca quiso coger de verdad el camino de la salvación predicando la palabra del Señor. Yo la escuchaba en silencio, más bien compasivo por sus absurdas ideas. Esposo mío, en el embarazo de tu hijo tuve la visión de que él iba a tener el don de la profecía y de la sanación. Pero parece que Sa-

tanás me engañó, porque nuestro hijo le huye a la palabra del Señor y no acepta su plan de salvación. Yo agacho la cabeza, pues desde niño, desde las primeras veces, siento por los ministros y su Iglesia lo mismo que por la avena y la ensalada. Sí, muchas veces mi padre y mi madre me llevaban, halándome de las manos, a la Iglesia, luego de que había sentido entre mis entrañas la repulsión incestuosa de mi padre. Me amenazaban con el fuego eterno, con los horribles castigos de un dios guerrero y punitivo. *¡No te condenes, conviértete y serás salvo tú y tu casa!* Adentro del templo lloraba y los cánticos se me hacían gritos de condena, más cuando mi padre y mi madre subían digna y devotamente al altar para realizar sus prédicas. Los fieles me miraban con curiosidad, ahí está el hijo del ministro, decían, mientras me acariciaban la cabeza, y yo sentía náuseas y ganas de salir corriendo de aquel infierno. Era algo así como un enfrentamiento contumaz en contra de la hipocresía, de la doble moral.

Sí, yo soy el hijo de los pastores, y ellos llevaron con dignidad su ministerio, descollando en la Iglesia por su rectitud, ejemplo y piedad. Así que muchas veces quise descubrir al dios punitivo que se escapaba, lanzando rayos, desde las Biblias negras. Ellos, mi padre y mi madre, los ministros de la Iglesia, son como cuervos de pecho salido que predicán la palabra de ese dios guerrero y castigador. Yo creo en Dios a mi manera, a pesar de que a veces me preguntó el porqué de todo esto tan horrendo que me sucedió con mi propio padre, bajo la complicidad de mi

madre. Papá y mamá son los pastores de la Iglesia. No puedo aceptar el sistema de la Iglesia que promueve implícitamente el abuso sexual, espiritual, doméstico y físico en contra de los más débiles. Se rasgan las vestiduras, mientras por debajo de cuerda hacen todo lo contrario de lo que predicán. Todo me parece una horrenda hipocresía, un juego perverso de la doble moral, en donde se predica y se exige la rectitud y la perfección externa, pero se azuza la perversión interna. Mi padre nunca vio un hijo varón en mí. Los dos, mi padre y mi madre, soñaron con que su primer hijo fuera una niña; pero no, nació yo, y desde entonces ellos me vieron como una frustración de sus deseos. Desde que recuerdo, tal vez cuando yo tenía cuatro años de edad, él me levantaba y me acariciaba de manera impropia, aunque nunca llegó a besarme en la boca. Me apretaba contra su pecho adiposo y bajaba sus manos por mi espalda hasta acariciarme los glúteos. Siempre apartaba mi pene hacia atrás, ocultándolo, porque le aseveraba mi estado de virilidad; quería sentirme como una niña producto de su frustración perversa. A medida que fui creciendo, sus aberraciones fueron progresando demoniacamente, pues ya no solamente me acariciaba, sino que me ponía a que le hiciera el sexo oral, hasta que me violó, un acto que se hizo macabramente cotidiano. Se sentía angustiado porque sabía que yo era un niño, aunque quisiera ver una mujercita, y por eso me golpeaba, me ultrajaba verbalmente. Ultrajaba al niño y violaba a la niña. ¿Acaso eran todos los ministros de la Iglesia así? Estos cuestionamientos me laceraban consuetudinariamente el alma con



grandísimo dolor. Yo identificaba las aberraciones de mi padre en todos los demás ministros, pues todos se me hacían una copia exacta de él, por eso, desde entonces, comencé a odiar a la Iglesia más que a mi propio padre, pues algo tendría que ver ella en el comportamiento suyo. ¿Para qué darse golpes de pecho, mientras alguien metía a su propio hijo en el baño y lo violaba, o lo tiraba al pasto para golpearlo y poseerlo como si fuese una prostituta? Sí, él odiaba a las prostitutas porque eran el signo inconfundible del final del mundo, el estigma de la perversión y de la condena universal. Así me trataba, peor aún. Sí, madre, mi padre era un buen hombre, traté de abrazarla, pero ella, como siempre solía hacerlo, me apartó bruscamente de su lado. Primero deberías convertirte para recibir las bendiciones desde el cielo de tu padre, y las mías propias en esta vida, me dijo con acento condenatorio. ¡Así sí te abrazaría!, exclamó ella. Ellos, papá y mamá, son como su dios, dominantes e injustos, vengadores y obsesivos, pienso ahora que veo a mi padre entre el ataúd y a mi madre cerca del cristal, rehuyéndome como si en realidad yo fuera un demonio. Mi madre vuelve a reunirse con los ministros, y ahora juntos recitan en coro: *Porque la paga del pecado es muerte, más la dádiva del Señor es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro.*

Ellos siguen recitando sus oraciones, mientras vuelvo a mirar el cristal del ataúd que refleja las luces del techo. Mi padre sigue allá adentro, apacible y con su rostro impregnado de bondad. Retiro la cabeza un poco, y veo cómo el cristal del féretro se con-

vierte en la pantalla de un televisor. Muevo las manos y coloco una película. Aparece un grupo de mujeres desnudándose y acariciándose, mientras que se introducen unos enormes juguetes sexuales entre la vagina y entre el ano. Pienso, por un instante, que esos juguetes sexuales son armas de tortura y que la cama es un gigantesco potro de la inquisición. Comienzo a tener una erección. Después aparecen varios hombres, también desnudos, y comienza la orgía con descarnadas escenas sexuales. Todo se revuelve como una gigantesca montaña de porquería, unos encima de las otras, penetrándolas por todos los orificios con sus enormes penes, tótems de la virilidad. Sin embargo, mi erección sigue avante. Tomo el viril entre mis manos y comienzo a masturbarme con rabia, porque no siento placer sino indignación ante las escenas pornográficas. Me masturbo como símbolo de castigo, pero jamás como experiencia de placer. Tengo ira y ganas de vomitar. Se me revuelven los intestinos ante la escena de orificios rojos y de mástiles enormes que penetran una y otra vez, incesantemente. Veo la esperma brotar como un poderoso chorro y embadurnar los rostros de las mujeres, que toman la apariencia de súcubos. Me vomito sin apelación alguna y no soy capaz de venirme, aunque el falo me duele como si me lo hubiese querido arrancar. Me contengo al final porque él reafirma mi masculinidad, así mi padre me haya violado incontables veces. Mi cuerpo traspasa el cristal de la pantalla y se convierte en la mirada triste de las mujeres. Yo estoy, también, sobre ellas penetrándolas ferozmente, no... yo no estoy allí, lo que está adentro es mi cuerpo,

pero mi mente huye velozmente por un paraje solitario. Ahora mi cuerpo siente el escozor de la penetración. Mi mente no quiere estar en la orgía y huye velozmente abandonando a mi cuerpo, dejándolo solitario entre la bazofia nauseabunda del sexo. No me interesa rescatar a mi cuerpo de esa inmundicia, pues él está contaminado, pudriéndose desde la primera vez que mi padre, hace ya veintidós años, abusó de mí. Mi mente es la única que me compadece y como ella sí puede huir, lo hace raudamente, mientras mi cuerpo queda prisionero, víctima de la ignominia humana. Mi cuerpo continúa masturbándose, pero no quiere tener una eyaculación porque de solo ver la esperma me vomito, recordando las terribles sensaciones de sentir dentro de ese pobre cuerpo mío, el viril de mi padre. Jamás él pudo poseer mi mente, porque aunque sentí el dolor físico, siempre hice a un lado mi mente, que se entristecía con dolor al ver lo que sucedía con mi cuerpo. Ahora mi padre me sienta sobre sus piernas y enciende el televisor, coloca la cinta de video y comienza a rodar una película pornográfica. No entiendo nada, apenas soy un niño de cinco años. Él come patatas fritas, chasqueando, mientras bebe Coca-Cola y comienza a acariciarse el miembro por encima del pantalón, a medida que ve las escenas. De repente siento su mano candente sobre mis piernas, subiendo lentamente para empujarme el pene hacia atrás. Me mira con rencor, pero se olvida rápidamente porque vuelve a posar la mirada sobre la pantalla, a la vez que resuella como un toro. Él saca su miembro y hace que mi pequeña mano se lo acaricie. Al momento, yo siento la humedad

de su esperma, la misma que me dio la vida, recorrer como lava volcánica mis piernas hasta esconderse atrás. No comprendo... no comprendo, pero empiezo a sufrir inmensamente, a sentir una sensación de asco que acrecienta mi odio infantil hacia mi padre, a la vez que le temo porque es un verdadero monstruo que me somete con la intimidación, o es simplemente un enfermo digno de compasión. Y así está él entre el ataúd, con su traje negro, su camisa blanca y su corbata de seda negra. Tal vez está mirando una película pornográfica, de esas que siempre le gustaron, pues el más allá de sus estúpidas creencias debe ser un receptáculo de escenas pervertidas, en donde los padres arrullan a sus hijos sobre las piernas con actitudes malsanas, degradantes de la dignidad humana. Pero lo más triste, eso pienso, que esos actos atentan principalmente contra la dignidad humana de quien los comete. Debe ser más triste ser victimario que ser víctima. El victimario se hace víctima de sus propios actos dantescos. Es muy terrible ser víctima de sí mismo, tal vez por eso se expía convirtiendo en víctimas de sus desdichas a los demás. No reces más, madre mía, pues papá ya debe estar en el cielo.

Camino presurosamente por la calle, me abro paso entre la gente que parece apretarse mutuamente. Esta horrenda sensación de estar sucio me invade por momentos, y miro con desconfianza y con vergüenza a la gente, sintiendo que apesto, que voy desnudo y embadurnado totalmente de excrementos; entonces trato de taparme las partes pudendas para soportar la pena. Pero nadie me mira, y esto me hace sentir

nuevamente tranquilo. Respiro fuertemente, sintiendo algo de tranquilidad, pues, afortunadamente, me he librado en gran parte del trauma y de la culpa que me han acongojado durante estos veintidós años de mi existencia. Sin embargo, por momentos unas terribles oleadas de recuerdos me sobresaltan. Pero puedo reponerme rápidamente. Ya no me dan ganas de suicidarme, de sentarme a llorar sobre la carrilera del tren o de lanzarme desde el puente. Antes sí, pues cuando tuve esa consciencia difusa de todo lo que me había sucedido con papá, tuve ganas de suicidarme en varias oportunidades. Veía que la vida no tenía sentido, que mi masculinidad estaba rota vilmente por las continuas violaciones de las que fui víctima, me sentía despreciado por todo el mundo, mirado con sorna y con rabia, como si de verdad yo fuera un criminal, un violador o un burdo delincuente sexual. Sentía que el pecado era mi manta, eso me avergonzaba. Además, me desdoblada desnudo, mostrando con suciedad mi pene y mis nalgas. Yo era un argamandel de heces. Ahora, gracias a las terapias con el grupo de psicólogos y, sobre todo, por el poder de mi voluntad, me están ayudando a llegar al otro lado del túnel. Fue ominoso, pues al comienzo sentía la más grande vergüenza y desconfianza de contarle mi drama a un grupo de desconocidos, a alguien a quien jamás había visto en la vida. Me sentía anodino, miserable y, lo peor, un mitómano, un loco que inventaba una historia vitanda acerca de su propio padre. Todo era tan increíble, que yo imaginaba que esto a nadie más ha podido sucederle, ni siquiera a mí mismo, y que, tal como lo aseguraba

papá en sus momentos de irascibilidad, todo era producto de mi mente desquiciada por fantasías satánicas y por la incubación de la maldad en todo mi ser. Mi padre me gritaba continuamente que yo estaba poseído por Satanás, que yo era un perverso y que imaginaba todas esas porquerías con él, porque cuando yo fuera grande, sería un criminal violador sexual. Yo creía por momentos tales aseveraciones de papá, pero el dolor físico y espiritual de las violaciones era tan real, que era imposible que estuviera imaginando cosas. Sigo caminando con un poco de ansiedad, con algo de premura, pues necesito ver a papá cuanto antes. Él se ha enfermado súbitamente, y ahora está hospitalizado, y aunque los médicos no nos han asegurado que su vida peligrará, un extraño sentimiento de ausencia me embarga. Sí, estoy presintiendo que mi padre fallecerá muy pronto, y por eso debo llegar a tiempo al hospital para encontrarlo con vida. Acelero, mientras mi corazón salta con ansiedad. Llego a la puerta del hospital y rápidamente tomo el ascensor. Hay un silencio abismal, como si debajo de mis pies existiera un precipicio sin fin. La puerta del ascensor se abre y yo salgo. Veo la habitación y me detengo por un instante, como si una mano en forma de garra me impidiera moverme. Lucho por un momento, y de un solo tranco quedo adentro. Papá está dormitando. Yo descubro una impresionante palidez como preludio de la muerte. Tiene algunas sondas conectadas al cuerpo, y una mascarilla de oxígeno le cubre el rostro. Él abre los ojos y me ve. Hijo, musita con un tono amable que por primera vez escucho en mi vida. Entonces sonrío. Yo me acer-

co tímidamente, y descubro que no es el hombre obeso, dominante e ignominioso que me sentaba, cuando yo tenía apenas cuatro años de edad, sobre sus piernas para abusarme. No es el hombre que me hacía subir los talones dolorosamente para violarme. No era el hombre que me amenazaba con matarme o que me golpeaba para que la sangre mía se mezclara infamemente con el césped. Era mi padre, era mi pastor que me había prodigado los más amorosos y tiernos cuidados paternos. Así tienes que verlo, olvidando todo lo malo que te pudo haber hecho, me dijo la psicóloga, tienes que olvidar, dejar de resentir y de odiar, porque el odio acrecienta tu dolor de víctima, eso no le causa ninguna sensación al victimario; pero si perdonas, si dejas de odiar, si tratas de olvidar, ésta será la mejor arma para desmoronar al victimario y desarmarle el espíritu. Claro, sé que es muy doloroso, me dijo la psicóloga, para la víctima dejar de odiar, dejar de sentir resentimiento, más si es su propio padre quien ha cometido el abuso en ti desde cuando tuviste cuatro años hasta la pubertad; es muy duro y doblemente doloroso, pero es posible desterrar estos sentimientos paulatinamente, y eso te hará perdonar, lenificando tu espíritu, dejándote en paz contigo mismo y con quien, desgraciadamente, te causó tanto daño. Eso te ayudará a reconocerte como una persona con valores. ¡Tú fuiste la víctima, no el victimario! El odio, me dijo la psicóloga, corroe el alma mientras que el perdón la dignifica y la limpia de toda culpa, de esa culpa terrible que sientes hacía ti mismo pero que, realmente, no es tuya. Tu padre, a pesar de lo terrible que nos parezcan sus

actos, es digno de compasión, pues algún trauma debió tener, dejándose llevar por un instinto enfermo que era muy difícil de eludir. Quedé en silencio. Las palabras de la psicóloga me horadaban, convirtiéndose en ángeles que luchaban tenazmente contra los monstruos de mi vida pasada. Me puse a llorar desconsoladamente, de la misma forma como lloraba contra la pared del baño o sobre el césped, después de que papá me había violado. Ella dejó de ser, por un momento, una doctora para consolarme humanamente. Seguí llorando, desocupando mi alma de los terribles recuerdos, comenzando a sentir un estado lenitivo y rescatador en lo más profundo de mi corazón.

Me acerco hasta el lecho y tomo la mano de mi padre entre las mías. La siento algo fría, pero el sentimiento de antes, el de imaginar unas garras de bestia depredadora, ha desaparecido de mí. Padre, lo saludó a la vez que le beso la frente. Es la primera vez que beso a mi padre, y con sentimiento de amor filial. Sigo sin soltar su mano, que comienza a entibiarse al contacto de las mías. Nos miramos por largo rato, con esa mirada de padre e hijo que nunca antes estuvo presente entre los dos. Las palabras sobran, pues él sabe que este es un acto de perdón mutuo, porque yo, inocentemente, produje en él esa ofuscación terrible, convirtiéndolo, a su vez, en victimario, que, ahora lo comprendo, es peor que ser víctima. Él me vio como algo extraño, que le perturbaba la mente, dando lugar a que se abriera la puerta para que escapara ese terrible monstruo que nos atacaba por



igual. Ese vestiglo que lo obligaba a golpearme y a violarme y que me hacía desdichado, avergonzado, infinitamente desdichado. Hasta hace poco me pregunté, y eso porque la psicóloga me lo hizo caer en la cuenta, qué sentiría él después de cada uno de sus actos de violación. Créeme, me dijo la doctora, debe entrar en un estado de crisis y de sufrimiento que debe ser igual de terrible al que tu padeces, si no mucho más grande y doloroso; es como si en él hubiera un monstruo incubado que es el que verdaderamente te ataca, y tu padre lucha también contra esa bestia que siempre lo derrota, produciéndole terrible sufrimiento y postración. Perdóname, pero debes creer que en verdad tu padre no te hace daño, sino que es esa especie de monstruo que está dentro de él y que le domina la voluntad por momentos para hacerte daño. Entonces yo pensé, por primera vez, que de verdad debían existir espíritus malos, tal como mis padres lo creían, que poseían a las personas, haciéndolas malas, perversas en contra de su voluntad, porque las dominaban completamente para cometer sus perversiones. Continuamente veía en la Iglesia sesiones de exorcismo en donde, dizque, le sacaban los malos espíritus a las personas poseídas por los demonios. Papá y mamá participaban como exorcistas en estas macabras y hasta ridículas sesiones. Claro, los seres humanos son de por sí buenos, pues son obras directas de Dios, hechos a su imagen y semejanza; lo que pasa es que los demonios enviados por Satanás se meten en los cuerpos de los humanos, los dominan y les hacen cometer actos abominables. Sí, papá no es culpable de nada, co-

mencé a pensar, comencé a creerlo sinceramente, así no creyera en el mito de los demonios como tal, pues esa es una forma para tratar de explicar la realidad, nada más y, de cierta forma, tratar de justificar verdaderamente toda la maldad humana. El primer paso para perdonar al agresor y quitarse la propia culpa de víctima, es pensar que tu victimario no deseó jamás hacerte daño realmente, me dijo la psicóloga jefe del grupo de rehabilitación del grupo de adultos abusados sexualmente cuando eran menores. Debes creer que los victimarios sufren terriblemente a consecuencia del mal que han hecho; ellos intentan no volverlo a hacer, pero, finalmente, no pueden, perdiendo constantemente la batalla. Otras veces, ellos no son conscientes de sus actos plenamente a causa de su perturbación mental. Ahora, si el victimario es tu propio padre, debes mirar a los otros padres, debes aprender los comportamientos de padres buenos e imaginar que él se comporta igualmente contigo, como un padre tierno, responsable, cuidador y amoroso, incapaz de prodigarte sufrimiento, sino de procurar tu felicidad. Todo esto me lo repetían los psicólogos de forma constante e incisiva, como arrancando con dolor la mala hierba que había crecido hostil en mi alma. Tienes que comenzar a olvidar el dolor, a maquillar los recuerdos por difícil que esto sea, me recalaban, pero tienes que estar consciente de que todo esto sucedió realmente y que no es producto de tu imaginación. El primer paso es el de reconocer la realidad para encontrar las soluciones; quien se esconde de la realidad, aparta las soluciones y, por en-

de, está condenado a padecer por siempre su problema, me dijo la psicóloga aquella vez.

Papá vuelve a sonreír tiernamente. Nos estamos perdonando sincera y amorosamente sin necesidad de que las palabras salten con dificultad y con algo de vergüenza. Lo sé, ahora los dos sentimos culpa y vergüenza, pues, de cierto modo, somos las dos caras del problema: somos víctimas y victimarios a la vez. Los dos sabemos que nos estamos limpiando el alma con el perdón mutuo, porque yo sé que también lo hice sufrir en demasía, así esta nunca hubiese sido mi intención. Él sabe que me ofendió en contra de su voluntad y por eso, sin que me lo diga, solicita mi perdón. Yo lo estoy perdonando y él me está perdonando. Mi padre se incorpora un poco y, entonces, los dos podemos fundirnos en un abrazo, sintiendo como si nuestros espíritus, esa parte buena de cada uno, se convirtieran en uno solo. Hijo, me dice. Padre, le contesto. Nuestras miradas vuelven a chocar, pero no hay más palabras; aquí las palabras sobran porque el acto del perdón se sobrepone a cualquier murmullo. De nuestros ojos comienzan a desgranarse las lágrimas, que resplandecen sobre las mejillas. Hay un acto de expiación magnánimo entre un padre y un hijo que por primera vez, y quizá por última vez, se sienten como tal: como dos seres que se aman, el uno proveniente del otro, y que jamás se han hecho daño. De repente mi padre sube la cabeza, junta las manos en señal de oración y recita: *Eres mi pastor; nada me faltará. En lugares de delicados pastos me hará descansar; junto a aguas de reposo me pastoreará. Confortará mi alma; me guiará por sendas de justicia por*

*amor de su nombre. Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo; tu vara y tu cayado me infundirán aliento. Aderezas mesa delante de mí en presencia de mis angustiadores; unges mi cabeza con aceite; mi copa está rebosando. Ciertamente el bien y la misericordia me seguirán todos los días de mi vida, y en la casa del Jehová moraré por largos días.* Yo lo escucho atentamente hasta que él termina, y, entonces, vuelvo a entrelazar sus manos, ahora enjutas en el preludio de la muerte. Mi padre ahora es un hombrecillo tierno entre el lecho, incapaz de hacerse sentir compasión. Lo veo tan digno, aunque no obeso, como cuando se hacía detrás del atril con altivez a predicar la Palabra. Con cuidado le vuelvo a colocar la mascarilla de oxígeno, me incorporo, le sonrío en señal de despedida. Adiós, hijo mío. Adiós, padre mío: *Eres mi pastor...* Miro de soslayo hacia atrás; fue la última vez que lo vi con vida y la única vez en que pudimos amarnos sinceramente como padre e hijo.

Ahora que él está entre el féretro, con gusto descubro que fue una persona a quien la gente mucho amó sinceramente; eso se ve en los dolientes de la Iglesia, y aún en otras personas no tan allegadas, quienes sinceramente están condolidas por la muerte de mi padre. Él hizo obras importantes en la Iglesia y ayudó a los necesitados y siempre tuvo la fama de ser una persona muy caritativa; eso es propio únicamente de una persona buena como lo era mi padre. Ellos están agradecidos con él y ahora rezan fervientemente para que él tenga su premio en el cielo, si es que éste existe. Mi madre también es reconocida como una persona buena en la Iglesia. Ella es buena.

Los seres humanos son buenos a pesar de sus actos de maldad y pienso que a nadie le gusta ser perverso. Ojalá sea cierto eso, pero es que hay tanta maldad en el mundo que es imposible pensarlo así, y uno no puede separar la maldad de la esencia del ser humano, pues parecen tan inherentes, que es difícil imaginarse que la una anda desligada de la otra, persiguiéndola constantemente. Estoy en estas disquisiciones cuando percibo que un hombre alto entra a la sala de velación y coloca su sombrero en la percha. Se me congela la sangre de repente al verlo, alto y delgado, espectral, simulando una sombra misteriosa. Trato de saltar la cerca blanca. Es un amigo de la casa a quien hace mucho tiempo no veíamos. Se me enredan las piernas y la piel queda arañada por las astillas. Uso pantalones cortos. Toma un juguete, me dice, ven te doy este juguete. Debo tener doce años de edad. Ya no puedo huir y quedo petrificado, esperando que el hombre alto y delgado se me acerque con el juguete en sus manos. No, no, por favor, le suplico. Tranquilo, que no te voy a hacer daño, trata de ganarse mi confianza. No, no, por favor, vuelvo a suplicarle, mientras que un par de lágrimas afloran desde mis ojos y ruedan angustiosas por mis mejillas. El hombre se acerca a mí, arroja el juguete a un lado, y sin decirme nada, con su mirada maléfica me baja los pantalones cortos. No te voy a hacer daño, pero si gritas, te mato, mocososo, me amenaza. Me da vuelta, y yo grito desgarradoramente hasta desmayarme. Me levanto, miro hacia todos lados, pero el hombre alto y delgado ya no está en la sala de velación. Detrás de los ministros de la Iglesia veo a mi

primo, unos quince años mayor que yo, y comienzo a recordar, a vivir, que cuando yo tenía apenas cuatro años, él entró a mi cuarto y se puso a jugar conmigo a los carritos. De pronto comenzó a acariciarme y a besarme en la boca. Yo no entendí mucho, pero recordé a mi padre. Mi primo siguió besándome y acariciándome hasta que me echó de bruces y se montó sobre mí. Al comienzo no grité, pero cuando sentí el dolor inmenso, comencé a llorar fuertemente, entonces, él me tapó la boca y yo sentí la horrenda sensación de la asfixia, mientras las entrañas me dolían espantosamente. Nuevamente la inconsciencia me rescató de aquella denigración. Mi primo jamás volvió a entrar a mi cuarto ni a hablarme, y yo no pude contarle del hecho a mi padre ni a mi madre... ni a nadie más, pues realmente no contaba con nadie en este mundo, y, además, las personas conocidas me inspiraban una desconfianza espantosa. Sentí miedo, vergüenza, asco y mucha culpa. Todos me condenarían por eso. Me refriego los ojos para despertar de la pesadilla, y alegremente descubro que ya no hay dolor en mi alma ni resentimiento en el corazón. A pesar de mi pasado, tengo una nueva vida, pues lo importante es aprender a apartar los malos recuerdos y pensar que estos ya no existen, que uno es alguien nuevo que procura la tranquilidad de una vida normalmente feliz.

Mi abuela llegó hacia las siete de la noche y saludó, primero que todo a mamá, y luego procedió a saludar a todos los demás asistentes. De repente se acerca a mí, y yo la saludo con un beso en la frente.

Te ves muy triste. Sí abuela, y no sé por qué, pero deseo confiarte un secreto, le digo después de un largo momento de meditación. Ella agranda los ojos en señal de sorpresa. ¿De qué se trata, hijo?, me pregunta. Quiero contártelo a solas, le digo. Está bien, hijo, me dice ella. Los dos avanzamos hacia un aposento solitario, adyacente a la sala de velación. Hay penumbras y soledad, y mi abuela y yo nos acomodamos en un mullido sofá. A ver, desembucha, hijo, me dice con esa peculiaridad que siempre la ha caracterizado. Dudo por un instante, como si me acercara hacia un ogro de grandes fauces. A ver, cuenta, cuenta, hijo, insiste ella. Me recuesto sobre su hombro y ella me acaricia maternalmente, como nunca lo ha hecho mi propia madre, la cabeza. Es un secreto, le digo. Desembucha, que esta vieja sí que sabe guardar un secreto, eso es sabiduría, me dice. Abue, te cuento que cuando niño me violaron. Ella sacude la cabeza y casi que grita: ¿Quién, quién? Un hombre desconocido, le contesté, un hombre al que jamás volví a ver. Ella se echa la bendición, como un acto inconsciente de su antigua religión. ¿Nunca volviste a ver al maldito ese? No, abue, ese hombre ya debe estar muerto. Y en el infierno, ¿no? Bajo la cabeza tristemente, y ella, a pesar de sus años, se muestra altiva. Gracias al Señor que no te convertiste en un homosexual, me dijo, sacudiendo mi interior como si el corazón me hubiera explotado. Siempre tuve el paradigma, hasta antes de las terapias, de que cualquier varón, especialmente si era niño, al ser violado se convertía inmediata e inapelablemente en transsexual, bisexual o en un homosexual. Sí, todos ellos,

los que pululan por las calles o se esconden como ejecutivos en las oficinas han debido ser violados cuando niños y su problema debió ser mayor si eran violados por un familiar, especialmente si ese familiar era su propio padre, eso pensaba hasta que los psicólogos me hicieron caer en la cuenta de que eso no sucedía siempre y que, es más, tales circunstancias eran apenas un porcentaje mínimo entre los miles de casos de violaciones de menores. Sin embargo, la violación de los niños varones hacen que ellos entren en conflicto acerca de su identidad sexual: dudan de ella aunque su comportamiento e inclinación sea netamente heterosexual; en este caso, la opción heterosexual debe reafirmarse en forma normal, y eso a veces cuesta mucho, especialmente por la cultura sexual machista del entorno social. Pero me siento menos hombre que usted, doctor, dije. No, eso no es cierto, tú eres un hombre completo así hayas sido violado por tu padre, y la prueba está en que no sólo tienes una esposa, sino que la amas sinceramente y con amor y placer sexual has sido capaz de engendrar un hijo. ¿Acaso te atraen los otros hombres? ¡No, eso nunca, doctor! Ellos me asustan porque, especialmente si son mayores, me recuerdan a mi padre. Tienes que recordar que aun cuando la gente haga daño, en lo más profundo de su corazón no desea hacerlo, me dijo aquella vez el psicólogo. ¿Ves?, eres un hombre, pues los actos físicos si no crean placer mental, si no lo hacen sentir a uno bien, no influyen, de ninguna manera, en la opción sexual, me dijo el doctor. Las opciones sexuales son algo mental, que si bien se pueden expresar corporalmen-



te, no son necesariamente físicas; por eso ninguna opción sexual, de por sí, es algo malo, una aberración o una enfermedad, tal como el común social tiende a expresarlo debido a los prejuicios de una moral inquisitoria. Toda opción sexual es una manifestación del ser específico, así no se manifieste físicamente. Dentro de la connotación individual, que no es la social producida por los prejuicios, el sufrimiento, el dolor, la culpa y la vergüenza suceden, precisamente, porque no producen placer y satisfacción, porque la situación externa no está acorde con el Yo interno, porque no se identifican con la opción sexual del individuo, me dijo el psicólogo. Sin embargo, doctor, en mi familia existe la creencia, extrañamente, que el varón que ha sido violado por otro, no es completamente hombre; es como si el acto de la violación, no solo rompiera su esfínter, sino que destrozara su hombría; yo no me sentía un hombre completo, le dije al psicólogo. Eso es debido a los prejuicios sociales que son externos y que, sin embargo influyen en los sentimientos internos; uno termina por creer que lo que piensa el común de la gente, sin argumentos ni estudios científicos, por puros prejuicios, es lo verdadero; es algo así como el pensamiento y el comportamiento colectivo, que nace debido a posturas eminentemente culturales, generalmente atávicas y retrógradas. Una cosa es la noción cultural de lo que es la masculinidad, especialmente equivocada si se viven en una sociedad machista como la nuestra, y otra, la reafirmación natural de la identidad masculina, me dijo el doctor. Los hombres siempre vivimos reafirmando nuestra identidad masculina, como las

mujeres hacen lo propio con su identidad femenina, remató él. Cuando tocábamos el tema de la masculinidad, yo entraba en un estado de crisis enorme y me ponía a llorar desconsoladamente como un niño indefenso. Yo inspeccionaba con rigurosidad mi comportamiento cotidiano, descubriendo que, aunque por timidez no lo expresara, me gustan las mujeres, que anhelo hacerles el amor pero jamás violarlas, que soy capaz de amarlas y desearlas, tal como lo hago con Sara. Me preguntaba que, si acaso, me estaba engañando, entonces miraba a los hombres y comenzaba a sentir repugnancia, ganas de vomitar, cuando se me venían a la mente las imágenes de mi padre conmigo. ¡Me gustan las mujeres, sólo las mujeres! ¡Soy un hombre en todo el sentido de la palabra! ¡Un macho total!

La noche del velorio continúa discurriendo como si fuera eterna. Vuelvo hacia el cristal del féretro, haciendo que mi rostro se refleje allí. Quién lo creyera, allí veo una cara muy apacible, como si jamás hubiera cometido ni una sola vejación en contra de su propio hijo. Él está allí, adentro, sumiso ante la muerte. No creo que vaya camino al infierno, como tampoco creo que él se vaya para el cielo; él simplemente no es, porque apenas, ahí dentro, ahí un cuerpo sin vida, uno. Es únicamente cuando tiene vida; de resto, fue y nunca será. Yo lo he perdonado como una forma de expiación, porque también me sentí culpable y avergonzado por todo lo que me sucedió. Veo su rostro detrás del cristal del ataúd y no siento nada. ¿Por qué me ha de dar compasión por alguien

que está muerto? Los únicos que merecen compasión, somos los que estamos vivos... Merecemos compasión por todo lo que nos ha pasado, por lo que nos pasa y por lo que nos pasará, pues es el propio ser humano el que le causa el mayor dolor al ser humano, y los seres a los que más amamos, son los que nos infligen el mayor dolor. ¿Qué es eso de la felicidad? No lo sé; tal vez sea como la propia muerte: ¡nada! Los destellos de la sala de velación reverberan contra mi rostro, y se abalanzan contra mí, desde el cristal, las horridas figuras de las películas pornográficas que mi padre me ponía a ver desde cuando yo apenas tenía cuatro años de edad. Él se complacía bastante con eso, se excitaba poderosamente, me subía sobre las piernas y me sacudía sobre su regazo, nada paternal sino bestial, mientras se quejaba. Yo me aterrorizaba, sin comprender nada, y quedaba como una estatua de sal, como si la mente se desconectara con la realidad para no sufrir más. Sin embargo, en aquellas imágenes cochinas, que excitan a los hombres, había una terrible adicción que yo no podía comprender. No sé por qué, pero, con el paso del tiempo, mi adicción a la pornografía se hizo constante, como si aquello fuera un paliativo a mi sufrimiento que, a la vez, me hacía bastante daño, porque muchas veces me vomitaba en el piso al ver las escenas desastrosas de aquellas películas. Y todo era peor, cuando veía los rostros de las mujeres al ser penetradas hasta por dos falos a la vez, y me asustaba, me daban ganas de llorar, imaginando con horror que yo podía ser una de ellas. Ahora siento que es como si mi padre hubiera dejado una pistola a

mi alcance para que yo me suicidara. ¡Un arma mortal sobre la mesa! Él nunca hizo nada para restringir la televisión pornográfica y el betamax, y siempre, yo diría que con intensión, dejó el material a mi alcance para que yo me suicidara moralmente. De repente me bajaba de su regazo, sacaba su miembro por entre la bragueta y me obligaba a que yo le hiciera el sexo oral, para después voltearme y darme por detrás furibundamente. Muchas veces ya ni sentía dolor, pues estaba tan desgarrado que ya mi cuerpo no respondía a la flagelación impúdica. Una vez escuché varias voces en la sala; mamá había salido a la Iglesia. Me asomé con discreción y a hurtadillas observé por la puerta: había varios hombres en compañía de mi padre viendo películas pornográficas. ¡Qué asco! Asustado, me devolví hacia el cuarto, pero cuando subía por las escaleras mi padre se asomó y con actitud amenazante me hizo devolver. Entra con nosotros, mocosito, me dijo. No entendí nada en medio del susto, y como un autómatas entré a la sala y me senté en medio de los hombres, que parecían momias vestidas de negro, con los ojos exorbitados y monstruosos. De repente sentí sobre mí una bandada de murciélagos que me arañaban; eran las manos de esos hombres de rostros escondidos entre las sombras.

Ahora mi madre continúa consintiendo a Danielito. Yo la veo, quisiera no tener rabia contra ella, pero a veces no puedo contenerme, pues ella no hizo nunca nada para protegerme, y, por el contrario, pareció ser una cómplice de mi padre. Me gustaría que Danielito no estuviera allí, pues no sé cómo es la forma

de amar de mi madre. Afortunadamente, Sara es una mujer muy especial, y como si todo lo supiera, cuida en extremo al niño. Alguna vez el niño se hizo una pequeña cortadura en una de sus manitas, y yo no pude acercarme siquiera para ayudarlo, por lo cual Sara me recriminó. ¿Qué te pasa?, me preguntó. Yo estaba pálido de terror, pues le tenía un miedo inconmensurable a la sangre porque varias veces mi padre me había reventado el rostro, amenazándome con picarme con una jeringa, que, según él, tenía un veneno que me iba a causar un dolor inmenso, si yo me atrevía a contarle a alguien lo que estaba sucediendo. ¡Ni te atrevas a insinuarlo siquiera, porque te mato!, me gritaba a la vez que me mostraba la jeringuilla. Desde entonces, comencé a tenerle miedo a la sangre y a las jeringas, y fue mucho lo que tuve que sufrir cuando debí sacarme los exámenes médicos para entrar a la universidad. Aquella vez, la enfermera llegó con la jeringa para sacarme la sangre y en el momento en que me puso la banda de caucho en el brazo, yo me desvanecí entre la silla, afectado por una gigantesca mancha de terror. La enfermera me miró con sorpresa y luego sonrió. ¡No te va a pasar nada, no seas tan flojo! Y ese “flojo” me sonó algo femenino. A pesar de mi pánico, me sacaron la muestra de sangre, pero esa noche no pude dormir, viendo mi propia sangre salir pausadamente desde el pinchazo, recorrer, en forma de un hilo brillante, las sábanas, bajar al piso, pasar por debajo de la puerta, descender por las escaleras, trasponer la sala, enredándose en los muebles y, finalmente, salir al patio para perderse fríamente entre el césped en donde mi

padre varias veces me revolcó. Yo tiritaba entre la cama imaginando que estaba en una fila de gente que iba a ser fusilada sin colocarle, siquiera, una venda en los ojos.

Por ti, papá, nunca aprendí a decir “no”, pues aunque no lo quisiera, tú me obligabas a decir que “sí”. Te complacías en que yo te dijera siempre que sí, me obligaste a decir que sí, aunque al comienzo yo te implorara que no lo hicieras con la palabra no, pero aquello era imposible, te ofuscabas y me tratabas con mayor violencia, produciéndome dolores insoportables. Me preguntabas. ¿Te gusta? Yo, mintiendo, contestaba que sí. Te reías. ¿Te gusta? Sí, papá. ¿Quieres más? ¿Sí, papá? Vaya, cuando comencé a comprender las cosas, me sentía como un egoísta con mi padre si decía que no a sus requerimientos. ¡Era terrible! Yo me convertía en cómplice de mi padre, porque siempre accedía a sus deseos sin jamás decir no, sin jamás oponerme, primero por miedo, luego por un extraño hábito que anesthesiaba mis sentimientos. ¡Yo mismo ya no me importaba para nada! ¡Era algo menos que un objeto con el que mi padre se distraía! Cuando era un adolescente, ya ni siquiera sollozaba y ni me inmutaba al sentir el aliento de mi padre, potente como un ciclón y caliente como una llamarada, sobre mi cuello. ¿Te gusta? ¿Sí, papá? Desde entonces, llegué a pensar que lo importante era complacer a otra persona, así esto le causara a uno mucho dolor y sufrimiento, sin importar cuánto daño me puedan hacer. ¡Eso sucedía contigo, padre! Pero tú ya ni me escuchas ni me ves entre tu lecho de

muerte. Jamás te recriminé nada y muchas veces, con resignación, me entregué a ti. Apenas sabía odiarte en silencio y con mucho miedo, de la misma forma como aborrecía a mamá. Sin embargo, nunca escuchaste mis palabras de recriminación, ni siquiera la vez que los dos perdonamos.

Miro hacia atrás y veo a las mujeres muy recatadas; ellas también pertenecen a la Iglesia y lloran compungidas por la muerte de mi padre. ¡Era un gran hombre! ¡Era un santo!, dicen en voz alta para que mi madre y Sara puedan escucharlas. Ellas no están vestidas como las demás, como las que andan por la calle, vestidas atrevida y alegremente. Yo me esfumo a través de la ventana y quedo en medio de la Avenida Central, observando asustado a la gente. Varias chicas cruzan por mi lado, yo las miro y me avergüenzo. Mi alma sale presurosa de mi cuerpo y, como si fuera otra persona, se hace frente a mí. Continúo sonrojado, especialmente ante mi propia alma que me observa con gestos burlones. Yo estoy vestido de mujer, maquillado como una fémina, soy una de ellas: alegre y vaporosa. Mi alma se burla de mí. Estoy vestido de mujer, con rubor en las mejillas, tal como mi padre me disfrazaba para verme más femenino. Me colocaba los vestidos de mi madre, me maquillaba grotescamente con el maquillaje de mi madre, me alzaba la falda, me mandaba la mano y me bajaba los calzones. Pero mi alma, como ahora, estaba fuera de mi cuerpo burlándose de mi desgracia. Ella, mi alma, mi verdadero YO masculino huía presurosa cuando mi padre me vestía de mujer. Ella, mi

alma, mi verdadero YO masculino huye presurosa cuando mi cuerpo retorna a los recuerdos de mi padre vistiéndome de mujer. Mi alma se escapaba, casi en cada noche, de mi cuerpo dormido, y una gelidez de muerte, algo así como la niebla, comenzaba a expelerse por cada uno de mis poros. ¡Estaba anquilosado por los vapores de la muerte! En el momento definitivo, cuando estaba al borde de aquel precipicio endrino y helado, despertaba de un grito con el corazón latiéndome aceleradamente. Respiro fuertemente, me tranquilizo por un momento, haciendo que mi alma retorne a mi cuerpo. Ahora, Sara tiene alzado a Danielito, dándole algo de comer al niño. Un nuevo escalofrío recorre mi cuerpo y no me caigo al piso porque utilizo como soporte el ataúd de mi padre. ¡Está muy adolorido por la muerte de su padre!, escucho exclamar a una de las mujeres. El silencio me devora en llamaradas. Amo a Danielito, pero no soy capaz de demostrarle todo mi afecto, pues me da miedo de que yo pueda incurrir en actos de perversión en contra de mi propio hijito. ¡Terror! Una vez papá me encontró masturbándome. Era una de las formas en que yo escurría mi rabia y decepción por la vida; lo hacía repetidas veces casi de manera enfermiza. Pareces un loco, me recriminó papá, todo el que se masturba, no solamente peca, sino que es un *violador*. Yo permanecía contra la puerta, como protegiéndome con ella, mirando asustado a mi padre. Aquella vez, mamá estaba en la cocina y mi padre apenas me observó con infinito desprecio. ¡Eres un loco! ¡Serás un violador!, me gritó iracundo. Aquellas palabras quedaron grabadas en mí, lo que



me asustaba cuando me agitaba en la calle, temiendo que podía atacar a alguna mujer, o espantándome ante la posibilidad de que ese espíritu maléfico me poseyera para cometer, tal como lo hizo mi padre, actos abusivos en contra de mi propio hijito. Por eso corría a buscar a Sara cuando el niño estaba mojado. ¡Pareciera que no amaras a tu hijo!, me dijo. Lo amo mucho, mucho, Sara, pero no soy capaz de cambiarle los pañales. ¿Te da asco? No, Sara, me da miedo de que lo pinche con el gancho, soy tan nervioso que tiemblo por nada. Podría hacerle daño al niño sin querer, Sara. ¡Imaginaciones tuyas, hombre! Ella continuaba tan apacible y comprensiva conmigo y tan tierna y amorosa con Danielito, asunto que me reconfortaba, pero que, a la vez, me producía un dolor acíbar. Estas actitudes me confundían, ya que no eran comúnmente sociales, y comenzaba a postrarme por la idea de que Sara llegara a dudar de mi masculinidad. Me atormentaba al imaginar que, debido a mis extrañas actitudes, ella creyera que yo era una mariposa disfrazada de hombre. Empero, yo no podía cambiar aquellos extraños comportamientos de pavor ante los hechos que, de alguna forma, me recordaban continuamente los abusos a que fui sometido por papá. Aquella era una mancha perenne que en ningún instante se apartaba de mi vida. Solamente hasta ahora lo estoy logrando, gracias a la ayuda del grupo de psicólogos.

Afuera escucho el motor poderoso de una motocicleta, que, a pesar de todo, no puede despertar a mi padre entre el ataúd. Nadie repara en el ruido de la

moto, pero yo me estremezco, porque dispara un amargo recuerdo. De adolescente, fui una persona aislada sometida a la soledad por el peso de la ignominia a la que mi padre me sometía. Cuando ya comencé a tener facciones de hombre, mi padre me iba soltando las riendas de su miserable oprobio. Yo no tenía ya la piel lampiña ni la voz delgada y esto, afortunadamente, hacía que mi padre no me viera más como su objeto sexual, como una *mujercita*. Una de las últimas veces que lo hizo conmigo, me golpeó fuertemente y me escupió al pene. ¡Aféitate ahí!, me gritó. Otra vez, cuando ya me había desnudado, se quedó mirándome con desprecio, se dio media vuelta y me gritó: ¡Eres un loco y un violador! Sin embargo, todo el estigma de tantos años martirizándome sin consuelo el alma, se reflejaba en mí a pesar de que ya tenía el aspecto de *hombre de pelo en pecho*. Sentía que los muchachos de la barriada, los de mi edad, los mismos que en las esquinas y bajo las cornisas besaban apasionadamente a sus novias y que ostentaban de hacerles el amor a diario, me miraban con burla, tal como si supieran toda la historia de mi desventura. Claro, jamás me habían visto con una novia, ni siquiera con una amiga, ni ostentando de machote con las peladas en las esquinas, para meterlas a hurtadillas a la casa y hacerles el amor. Yo creía que esto era un palpable acto de violación, tal como me lo había indicado mi padre. Yo imaginaba que los muchachos me miraban como una mariquita, más cuando no daba pruebas de masculinidad ante sus devoradores comentarios. Pero, tampoco, jamás me habían visto con otro hombre, siquiera como amigo,

ni aún con mi padre, quien nunca me dio la mano de chico, y quien me hacía correr detrás de él, cuando me obligaba a ir a la Iglesia. A pesar de todo, yo no podía o no veía la necesidad de dar demostraciones de masculinidad, solamente por complacer a los muchachos, que ni siquiera eran amigos míos. Yo estaba al lado de un poste del alumbrado, en una esquina, creo que venía de la Iglesia y era de noche, cuando sentí el ruido estremecedor de la motocicleta. Después escuché los gritos de los muchachos. ¡Se roban la moto! ¡Agárralo, agárralo!, me gritaron. Yo quedé estupefacto, aterido de susto y ni siquiera moví un dedo para atrapar al supuesto ladrón. Cuando la estampida de muchachos llegó a donde yo estaba, me miraron con rabia y me gritaron: ¡maricón! ¡Ni güevas tenés, loca! Me abracé del poste y me sentí el ser más desgraciado del mundo, mientras la noche parecía envolverme entre sus púas de dolor. Claro, es terrible, muy terrible, no practicar los actos de machismo que los jóvenes de la barriada tenían como el más alto ideal de lo que significa la masculinidad verdadera, el ascenso de su propia escala social y el logro de sus ideales machistas, producto de una sociedad injusta y corrupta. Pelea, da bofetones, enciéndete a cuchillo, dispara un arma, monta una moto por la avenida para ver si un camión te destripa, cómete a todas la muchachas, fuma marihuana, échate un perico, bebe aguardiente y cerveza desde que empieza la semana hasta que termina, atraca a los borrachos, métete a la pandilla, márcate los brazos, gánate la vida como gatillero y ve a donde las putas. Claro, yo no era así, no me daba miedo ser así, sino

salir a la calle y hacerme amigo de los muchachos. ¿Qué iban a decir de mí? Yo imaginaba que ellos espiaban por las ventanas y rendijas de la puerta de mi casa y veían cómo mi padre me violaba. Seguramente verían, también, que yo estaba vestido de mujer y esto les serviría como prueba irrefutable de que yo soy homosexual. Verían que yo permanecía inmóvil, diciendo que “sí”, y asegurarían que disfrutaba de aquella maldita posesión cotidiana. Evidentemente que lo saben, por algo me gritaron *maricón y loca* con ese tono tan hiriente y convencido. Claro, si uno no arriesga la vida por un acto de valentía, no es más que un marica, ni siquiera una mujercita. Así que ellos, los muchachos del barrio, me veían como una *mariquita* porque jamás superé siquiera una sola prueba de la masculinidad juvenil, impuesta burdamente por los paradigmas sociales. Yo les tenía miedo, me asustaba la posibilidad de sus burlas, de sus ofensas, porque para el género es algo imperdonable la traición a sus postulados. Una vez, los muchachos apedrearon a un travesti que, sin saberse cómo, apareció perdido por las calles del barrio. De puro milagro se salvó, porque donde lo hubieran agarrado, lo habrían matado sin consideración alguna. Yo estaba en la condición del travesti, escondido para salvarme de la condena impuesta por la perversa masculinidad de los muchachos de mi barrio. Nunca tuve la decisión suficiente para presentar los certámenes de valor que tanto enorgullecían a los mozalbetes, pues sentía que me maltrataban, me ofendían, me agredían física y moralmente. No tenía siquiera un sentido de aprecio por mí mismo y solamente era un mar de

inseguridad y desconfianza ante los demás. A veces cruzaba obligadamente por su lado, y aunque fuera imaginariamente, veía sus miradas burlonas convirtiéndose en llamadas de odio y desaprobación: ¡marica!, escuchaba que me gritaban. Simplemente, nunca me aceptaron como tampoco nunca jamás me aceptaron en mi casa.

Era un joven de aspecto triste y vagamente bello, que un día fue a mi casa a llevar un encargo de la Iglesia; lo enviaba mi madre. Papá también había salido y yo estaba solo en la casa aunque prevenido de recibir el encargo que alguien iba a traer. Yo había llorado durante toda la tarde, sentado en el sofá de la sala, sin poderme concentrar siquiera en la tele, pues mi padre había abusado de mí por la mañana, antes de salir para la Iglesia a dar sus prédicas de sabiduría, amor por el prójimo y la conducta agradable a los ojos del buen Dios. El timbre sonó, y yo, con algo de temor, salí hasta la puerta. Él estaba allí, con una caja grande entre los brazos, con la mirada triste y bella, con el rostro dulce, aunque dejaba entrever en la profundidad un dejo de infinita tristeza. Apenas sonrió levemente. Lo envía tu madre, me dijo. Ya lo sé, sigue, le contesté. Dejó la caja a un lado y comenzó a hablarme. Hasta ahora su voz estaba cambiando. Yo lo escuchaba sin entender nada, porque un vago sentimiento me postró ante el muchacho. Resultamos sentados, el uno al lado del otro, y como cuando se descorre un telón extrañamente hermoso, resultamos abrazados entre el sofá. Nos miramos fijamente, hasta que comenzamos a llorar, pues algo extraño, tal

vez un igual dolor, nos unía secretamente. Teníamos la misma edad, aproximadamente, pero lo que más me sorprendía era que compartíamos algo indecible y que los dos buscábamos afecto, el uno en el otro. Yo nunca había sentido un verdadero abrazo, ni una caricia en mi rostro por parte de nadie, más que los golpes de mi padre y las cachetadas de mi madre. Me acarició, lo acaricé. De repente, nuestros labios se juntaron, primero suavemente y, luego en un impulso instintivo, de manera apasionada, como succionándose las almas identificadas por toda una vida de dolor, paliándose los corazones destrozados por la insensatez de la infamia humana. Nos revolcamos con ternura, nos abrazamos fuertemente y nos acariciamos los genitales. Aquella vez, que hasta hace poco me produjo enorme vergüenza, me sentí tan humano, tan dulce y tan capaz de recibir como de dar afecto. De repente y como movidos por un solo resorte, los dos quedamos de pie, mirándonos ruborizados. Yo agaché la cabeza y él salió presurosamente por la puerta, casi caminando de puntillas para que yo no lo fuera a escuchar. Nunca más volví a verlo, y aunque siempre me avergonzó el hecho de haberme sentido feliz por primera vez por un momento con un joven de mi edad, tuve la consciencia, también por primera vez, de lo que significa ser reconocido, aceptado y, sobre todo, amado, aunque fuera por un corto tiempo y por un desconocido, que al contrario de los míos, me regaló un instante de felicidad; de pronto él también sintió lo mismo que yo. Lo terrible sucedió después. Esto me asustó mucho y sobrevino en mí un acto de contrición pavoro-

so, porque pensé que ya era un homosexual consumado. No te preocupes, fue la búsqueda de reconocimiento y de afecto que tanto te hacen falta, me dijo la psicóloga. Hay actos, que aunque parezcan homosexuales y tengan un comportamiento físico como tal, no reafirman expresamente esa condición, simplemente reiteran la necesidad de suplir ciertas carencias, especialmente la del afecto, la de falta de amor y de reconocimiento por parte de los demás y de sí mismo. Me vi sometido a un dilema doloroso, porque por un lado sentía que mi masculinidad se había derrumbado al momento, mientras que por el otro lado había vivido una experiencia tan grata con aquel joven desconocido, que por primera vez sentí felicidad y puede dar afecto y, especialmente, recibirlo. Nunca más volví a percibir semejante sensación con otro hombre, pues ellos, especialmente los adultos, se me figuran abusadores, capaces de hacerme daño en cualquier momento. Tengo que perderme en la historia de mi propia vida, negarla, como lo hacen muchos, para aferrarme al concepto de masculinidad, especialmente en las circunstancias mías. Pero lo más terrible es tener que tratar de borrar la historia para aparecer dizque digno delante de los demás, y poder levantar, según ellos, el rostro y sostener la mirada con dignidad. Uno es el ladrillo que no debe salirse de la pared, sin importar qué tenga por dentro, pues lo importante es su apariencia externa, que debe ser similar y acorde con los demás ladrillos. ¡Lo importante es la apariencia y no la esencia! Eso es convertirse uno en un fantasma que se oculta entre la realidad. El lastre de los actos de mi padre, me azo-

tan de forma inclemente cuando estoy con Sara, aunque con ella he sido realmente feliz, pudiendo recibir y dar amor y afecto; todo esto me ha ayudado a superar la infamia. Ella me ama, sé que Sara me ama, pero desconoce, porque así tiene que ser, verdaderamente quién soy yo, y solamente piensa que, aunque algo retraído, soy un hombre afortunado por la clase de educación religiosa, trato y amor que mis padres me dieron. Soy alguien escondido tras la mampara, para mi propio infortunio y aún para el de los demás. Ellos musitan, al verme sobre el ataúd, que yo amé mucho a mi padre, aunque se puedan extrañar que yo nunca haya seguido el camino de evangelista de papá y mamá. A veces siento que ellos hablan de otro hombre que no soy yo, así como también pienso que Sara está amando a otro hombre que no soy yo.

Siento la noche sobre mí. Un vaho extraño subyace en el cristal del ataúd en donde mi padre duerme su muerte. No despertará, no despertará. Ya no es nada, ni siquiera un recuerdo entre nosotros, porque no somos nada, también. Él sigue ahí, vestido de negro, con la camisa blanca y la corbata de seda negra. ¿Qué pensaría mi padre cuando me abusaba? Imposible saberlo, pero se movía como un desquiciado. ¡Apúrate, Danielito! Se mece el cielo, se mueve la tierra y hay un sacudión general. Sara le ha hablado al niño, no es más. Papá, ya está superado todo, tú estás muerto y yo continuo por la brega de la vida, habiendo dejado detrás de mí el pesado fardel, más allá de los ingratos recuerdos de tu profanación. Gra-



cias a ellos, me reconozco, me siento como una persona normal que simplemente ha superado una etapa de su vida. ¡Gracias a todos ellos! Sí, a los del grupo que ayudaron a rescatarme del abismo en donde tú me empujaste, padre, a donde caí porque siempre tambaleé. Fue terrible, porque es terrible comenzar a relatar, así sea terapéuticamente, las amargas experiencias de mi vida, especialmente ante gente que jamás en mi vida había visto; pero en eso radica el éxito. Al comienzo me asustaba ante las psicólogas por su condición de mujeres, y también me asusté ante los doctores, aunque había algunos muy jóvenes, que me hicieron dudar porque los creí inexpertos, no como profesionales, sino como personas ante las durezas de la vida. El no mirarlos durante las sesiones, me daba confianza paulatinamente. Poco a poco, fui comprendiendo que me entendían y que, sobre todo, podían ayudarme para izarme del abismo y llevarme a la verdadera luz que jamás había visto. No me siento inferior ni peor que los que no han sido abusados en su niñez, ni durante ninguna etapa de su vida. Es como haber salido de un largo, frío, doloroso y humillante túnel. Mi padre también salió del túnel, y quizá haya encontrado la luz el día que nos abrazamos en señal de perdón. Soy un sobreviviente al abuso sexual y a la vergüenza del incesto. ¡Soy un sobreviviente y no una víctima! Un sobreviviente es alguien que lucha denodadamente, mientras que una víctima es alguien que se avergüenza, se desploma y hasta se culpa, y si no espera ansiosamente que la muerte, a la que le teme mucho, venga pronto, intenta suicidarse cuando descubre

que el miedo a la desgracia de la vida es mayor al de la muerte. El sobreviviente dice: *eso me sucedió, y fue terrible, pero sigo adelante con mayor fortaleza y esperanza*. La víctima dice: *ya no hay esperanza ni solución, estoy muerto porque los demás me matan en cada instante. ¡Quiero morir, porque estar vivo es peor que estar muerto!* La víctima ni siquiera argumenta, sino que se desploma y se hunde entre su tragedia. Sí, afortunadamente, la psicoterapia, la ayuda invaluable de los psicólogos del grupo me han ayudado a aceptar la realidad como tal: simplemente fui abusado por mi padre desde niño hasta la adolescencia. Quiero ser un *hombre espejo*, pues al comienzo uno cree que es única persona a la que le suceden cosas tan terribles como ésta, pero no hay tal, pues detrás de cualquier pared de cualquier parte, existen casos igual de terribles, y hasta más ominosos que el mío. Hay voces de angustia que se pierden en el silencio, mentes desquiciadas que también sufren a su manera cuando siembran el oprobio. ¡Lo peor de todo es hacer el mal cuando se es consciente de ello! El enfermo y el desquiciado no son más culpables que la sociedad en su conjunto. Cada mal individual es un mal colectivo, cuya culpa es igualmente colectiva. Vaya, por eso creo que mi testimonio, ya no de víctima sino de sobreviviente, puede ayudar a quienes, ya como victimarios o como víctimas, padecen la maldición del abuso sexual. Sí, me gustaría ayudar a muchos hombres que han padecido mi situación, pero que aún no han sido rescatados de las garras de tan terrible monstruo. Lo que se hace con convicción, con dedicación y, sobre todo, con amor y sin interés por una

paga mezquina, le da a uno el verdadero sentido por la existencia, le da a uno vida verdadera. Miro detrás del féretro y de repente una imagen emerge de entre las sombras musitando el salmo que durante mucho tiempo me horadó los sentidos, porque jamás pude comprender cómo un hombre que pertenecía a la Iglesia, que era mi propio padre, y que estaba en la obligación de protegerme, especialmente de niño, hubiera sembrado en mí el dolor y el sufrimiento: *Eres mi pastor y nada me faltará*. Era más terrible cuando me preguntaba por qué el Dios bueno y bondadoso permitía que mi propio padre me infligiera tanto martirio, dejándome abandonado al cruel designio de la infamia paterna y de la indiferencia cómplice de mi madre. Ahora estoy en paz conmigo mismo, pues no soy víctima sino sobreviviente. Esto también me permite estar en paz con los demás. He sido rescatado como persona capaz de valorarse y he aprendido a no tener más resentimientos contra mi vida, contra nada ni contra nadie. Me han quedado las cicatrices, imborrables, por demás, pero estas no duelen, al contrario de las heridas abiertas y al rojo sangre que siempre tienen las víctimas. Fue difícil aceptarlo, pero se logró finalmente y todo gracias a mis amigos del grupo de rehabilitación. Tal vez no haya palabras ni actos para demostrar tal agradecimiento, más cuando ahora puedo mirar con orgullo y dignidad a Sara y a mi hijo, a quien protegeré y de quién sí seré *el buen pastor*.

Danielito ha vuelto al regazo de mi madre y trata de dormirse. Es tarde, muy tarde, ya se acerca el

amanecer y la sala de velación ha quedado sola, porque los amigos de la familia y los ministros de la Iglesia han abandonado el recinto. Mi abuela, mi madre, Sara, Danielito y yo abandonamos el recinto, dejando solo a papá entre su ataúd.

\* \* \*

*Bogotá, octubre 3 de 2008*

## **EPÍLOGO**

*Por estos días, escuché en las noticias un caso similar de un hombre que maltrataba a su hijito vistiéndolo de niña, oprobiándolo verbal y físicamente, realizando en el niño toda suerte de monstruosidades y horrendas vejaciones.*

*12 de febrero de 2010*